

Libros

★ Carlos Droguet: *Eloy*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1960. 100 ps.

Si hubiéramos integrado el Jurado del Premio Biblioteca Breve de esta casa editorial, no hubiéramos tenido vacilación para elegir entre la novela de Juan García Hortelano, *Nuevas amistades*, que obtuvo el primer premio, — y que comentaríamos oportunamente — y esta del chileno Droguet que salió finalista con dos de los cinco votos, y hubiéramos votado por Droguet.

Porque si bien la obra de Hortelano tiene una organización más amplia, una comunicación más fácil con el lector y una hábil estructuración narrativa, al mismo tiempo no supera un tipo de personajes ya caracterizados, esos jóvenes de la alta burguesía que parecen fantasmas o suicidas potenciales, y su planteamiento argumental es débil e ingenuo. En cambio con esta breve novela de Droguet estamos en presencia de una auténtica elaboración artística, original, poderosa, estamos frente a un hombre que es un escritor con la sensibilidad diestra del oficio y la eficacia del decir narrativo.

Droguet tiene ahora 45 años, y es autor de una novela anterior, *Seiscientos muertos en la escalera*, que no conocemos, y que publicó hace siete años. En esta parte de un hecho real: la captura de un saltador de caminos, el *Sato Eloy*, autor de 20 asesinatos, por parte de un destacamento de carabineros. Toda la obra es un monólogo interior, el de este Eloy cercado por la policía y que ya ve próxima su muerte aunque de ella deseara, mientras en su memoria se superponen, entrecruzan y desfilan fragmentos de su pasado que van recomponiendo confusamente un destino humano.

Aunque esté muy bien hecho, no es esto original, e incluso el sistema del "relato" en estas circunstancias ha sido explotado y agotado por el cinematógrafo. Tampoco es demasiado nueva la forma protoplásmica de la evocación y su injerto dentro de la realidad en que el personaje padece miedo y coraje; aquí Droguet se aprovecha de las migajas del gran banquete monologista de Joyce, acondicionando sus aportaciones a una preocupación expresiva racional y lógica. El monólogo, que parte ardiente y confusamente al

comienzo, renunciando al punto y agotando el condensamiento a veces con la coma, muy pronto se organiza en frases normales, en períodos explicativos, y juega realidad y evocación al infierno alternándose pasados más que sentidos y recorrida dentro la estructura del personaje.

Curiosamente no apremios ante nosotros un ser humano distinto, extraño y singular. A pesar de la perspectiva interior monologista, no hay aquí una revelación de la intimidad original, como en aquel deslumbrante fragmento de *El sonido y la furia* de Faulkner, en que se superponía a una confusa visión de la real la naturaleza única del idiota que contaba. No apremios aquí a un ser que desde fuera nos sorprende — un criminal reiterado, un ejercitante de la crueldad, un antisocial — y nos provoca intensa curiosidad por saber cómo está hecho por dentro. El Eloy que nos ofrece Droguet, y quizás sea ésta aunque no nos conforma la comunicación que nos dirige, es simplemente un hombre que vive en lo concreto, dominado por la sensualidad, ansioso de un retazo de alegría, un buen padre de familia, con miedos y alardes de valor, pero también con tímideces, sensiblerías delicadas y violencias, un hombre en fin.

Pero para esto parece tan poco Droguet ha movido una admirable escritura literaria, una precisión rítmica de creador que tiene el idioma entre las manos y lo plasma a la expresión más cabal; una siempre sorprendente capacidad para aprehender el paisaje, la realidad más trillada, y estructurarla en una forma que es ardorosa y exacta, imagen del arte. Parece pasar por estas páginas el recuerdo de una prosa rusa que nuestro público ha intuitido a través de las páginas de Pasternak, aunque pertenezca a toda una modalidad creadora nacional, en lo que tiene de potencialidad y de intensidad dicente, en lo que tiene de capacidad para reestructurar la realidad combinándola con enorme libertad artística.

Es esta prosa de alta calidad, y tan poco habitual en tierras americanas, es esta precisión narrativa, tensa y sabrosa a la vez, es este moderno sentido rítmico del arte novelesco, los que hacen la excelencia parcial de la obra de Carlos Droguet, y los que le hubieran debido otorgar el premio Seix Barral, si éste, como indican sus bases, se diera a las expresiones formales más recientes y creadoras del género.

A. E.